

**Escrito por: narrador**

**Resumen:**

Aunque usted no lo crea, por culpa de mi madre, y su constante uso en mí de supositorios, es que yo desarrollé; eventualmente el gusto de ser penetrado.

**Relato:**

Desde bien chico, como cada vez que a mi madre se le ocurría que yo estaba enfermo, me hartaba de jarabes, y un sin número de aceites. Razón por la que yo, con nada más que ver la cuchara en sus manos, me ponía a vomitar. Fue cuando por recomendación del farmacéutico, o boticario, decidí dejar de usar los jarabes y aceites, y comencé a ponerme supositorios. Con el pasar del tiempo, y a medida que fui creciendo, su uso se hizo más, y más seguido, y continué. Al punto que en ocasiones, aun a mis diecisiete y dieciocho años, ella antes de que yo desayunase, lo primero que me hacía era introducirme en ocasiones varios supositorios a la vez, ya que como había crecido, ella entendía que debía ser así. Pero no la puedo culpar, apenas y llegué al cuarto grado, y después de estar cuidando a sus padres hasta que los dos fallecieron, ya casi a los cuarenta y tantos, se enamoró de un vendedor ambulante, que después de un par de meses, de estar viviendo en la casa, al enterarse que mi madre estaba embarazada, la dejó. Por lo que ella solita, me crió. A su manera, y sus particularidades, como la de ser sumamente sobre protectora, al punto de que no dejaba que yo jugase o compartiera con ningún otro chico de mi edad, ni aun dentro de la escuela, la que ella trabajaba de conserje. Aparte que de casi a diario, ponerme ella misma los supositorios, y como la de que apenas yo llegaba a casa de la escuela, debía quitarme toda la ropa, y ponerme unas largas batas que ella misma me cocía, sin más nada abajo. Eso sin contar las largas horas, en que desde que terminaba de estudiar, y hacer las tareas de la escuela, y pude agarrar un cepillo, ella se sentaba frente al espejo, para que yo le cepillase su larga cabellera, mientras rezábamos un sin número de rosarios y cantásemos salmos de la biblia. Bueno cuando terminé la escuela, de inmediato pensé en ir a la universidad, pero mi madre insistió en que yo entrase al seminario, para ser cura. Razón por la cual, entré al seminario. Ya en el seminario, prácticamente me senté como en casa, solo que sin las largas horas perdidas de estar cepillándole el cabello a mi madre. Fue cuando comencé a sentirme mal. Por lo que después de tantos años, curándome con supositorios, lo primero que se me ocurrió, fue en usar alguno, de los tantos que mi madre me había colocado en mis pertenencias. Así que después de la cena, y de las correspondientes oraciones,

entré; en mi celda, y antes de acostarme, ponerme yo mismo varios supositorios juntos. Ya estaba yo iniciando el proceso, cuando uno de mis compañeros, tocó; la puerta, sin pensarlo mucho, le dije que pasara. Ya que para mí; eso era algo tan, y tan normal, que pensé; que todo el mundo lo hacía;. Cuando el hermano Silvio, me vio acostado boca abajo en mi cama, con mis nalgas al aire, y con una de mis manos, tratando de introducir dentro de mi culo, varios supositorios juntos, aunque no lo demostró;, me parece que se asombró; algo. Aunque con mucha calma me preguntó; que yo hacía;. Le expliqué; que ponerme unos supositorios, pero también; le comenté;, que por lo general, era mi madre quien me los ponía;. A mí; me costaba mucho trabajo, ya que yo no tenía; ninguna práctica haciéndolo solo. El hermano Silvio, se me quedó; viendo, y de momento me dijo, lo que pasa que en casa quien nos pone el supositorio es mi padre, si quieres te ayudo a ponerlo, como él lo hace. Yo desde luego, creí; en lo que él me decía;, y le dije encantado de la vida que sí. Por lo que se colocó; tras de mí;, y comenzó; a introducirme cuatro supositorios, de un solo viaje, como acostumbraba mi madre. Yo me sentí; a de lo mejor, cuando además; de los supositorios, comencé; a sentir algo caliente, y más; duro entré;ndome por el culo. Aunque por lo general mi madre, empujaba los supositorios con sus propios dedos, cuando le pregunté; a Silvio, que estaba haciendo, me respondió;. Estoy empujé;ndote los supositorios como lo hacemos en casa, hasta bien adentro. Yo comencé; a sentir como esa cosa dura y caliente, seguía; penetré;ndome, y de momento también; sentí; el cuerpo de Silvio en contacto con mis nalgas. Yo me quedé; en completo silencio, sin saber que decir o hacer, a medida que mi compañero, comenzó; a meter, y sacar esa cosa de mi culo. Y a medida que lo fue haciendo, algo hizo dentro de mí; que comenzara a mover mis nalgas, y mis caderas. Ya al poco rato, sentí; como Silvio me abrazaba con fuerza, hasta que finalmente se detuvo. Tras lo cual luego extrajo, su verga de mi culo, dicié;ndome. Cuando quieras que te lo vuelva a meter, nada más; me lo dices, pero eso sí;, sin que más; nadie se entere. Yo debí; sospechar que algo malo había; en todo eso, pero la verdad es que, como me gustó; tanto, la manera que Silvio me ayudó; a ponerme los supositorios, le hice caso. Desde luego al poco tiempo, me di cuenta realmente de lo que había; sucedido, como también; me di cuenta que a pesar de los votos de castidad, y de todas las cosas que nos enseñá;ban en el seminario, el que yo me dejase dar por el culo por el hermano Silvio, no me pareció; nada malo en lo absoluto, siempre y cuando más; nadie más; se enterase. Así; que por lo menos dos veces en semana, el hermano Silvio me ayudaba, lo cierto es que en la mayoría; de las veces, ni supositorio llegá;bamos a usar. Con el pasar del tiempo, poco a poco otros seminaristas, se fueron enterando de que yo me dejaba dar por



